

Hoy celebramos el primer día de Adviento. La primera estación del calendario de la Iglesia es un tiempo para prepararnos tanto para la primera llegada de Jesús como un infante como para su segunda llegada como Señor. Por lo tanto, es un tiempo para la reflexión y el perdón y un tiempo de esperanza y arrepentimiento. Es tanto alegre como penitencial. En estos tiempos muy inciertos en nuestro mundo y en nuestro país, ciertamente necesitamos esperanza. La guerra y la violencia han generado una crisis global de los refugiados; parece que diariamente oímos de actos de terrorismo. Oímos amenazas constantes de deportación masiva, de enviar de regreso a los refugiados e inmigrantes en pobreza, violencia, y guerra. Nuestro mundo—nosotros la gente—desesperadamente necesita la ayuda de Dios y la ayuda del uno con el otro.

En este contexto, nuestra Escritura de hoy forma una secuencia que es tanto desafiante como inspiradora: en la primera lectura, la penitencia; en el salmo, la súplica; en el Evangelio, la advertencia; en la segunda lectura, el estímulo. En la primera lectura el profeta Isaías habla de la pecaminosidad del pueblo de Dios. Llamando a Dios «Padre» y «Alfarero», el profeta le pregunta a Dios por qué permite a su pueblo vagar lejos en degradación e impureza. Como lamenta la pecaminosidad del pueblo de Dios, es casi como si el profeta oyera a Jesús decir, «Velen». Oímos su grito desesperado,

Nadie invocaba tu nombre,
nadie se levantaba para refugiarse en ti,
porque nos ocultabas tu rostro
y nos dejabas a merced de nuestras culpas.

Pero él no se desespera; él en efecto apela a Dios por misericordia como él dice, «Sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre; nosotros somos el barro y tú el alfarero». El salmista igualmente apela a Dios por ayuda. Apela a Dios, como pastor, para orientación y ayuda y protección. Él llama a Dios, «Señor, Dios nuestro, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.» Todos nosotros sabemos que somos pecadores y que necesitamos a ser recordado que a veces puede parecer que Dios nos ha abandonado en nuestro pecado. Independientemente de lo que parezca, Dios no nos abandonará nunca.

En la lectura del Evangelio Jesús mismo nos dice que nuestra situación es igual que la de los siervos cuyo dueño los ha dejado a cargo del hogar. Él nos lo dice, sin embargo, con el fin de asegurarnos que su salida no es abandonarnos. De momento, en la persona de Jesús, sale

este mundo. Dios, nuestro Padre y nuestro pastor, y Jesús, nuestro Salvado, no nos abandonará nunca. En la persona del Espíritu Santo, él siempre es con nosotros. Jesús confía este mundo a nosotros hasta que él regresa. La lectura del Evangelio nos recuerda nuestras responsabilidades.

Nosotros no somos dueños de nada. Nada es nuestro. Todo lo que tenemos es lo que Dios nos ha prestado a nosotros con el fin de usarlo bien. Como el Evangelio en efecto dice, «Cada uno de nosotros le ha sido dado su propio trabajo para hacer en la casa del dueño». Dios no nos pide que hagamos todo, sino que nos pide que seamos fieles en nuestra propia parte del mundo. No debemos ser inconscientes, ajenos, ociosos, o descuidados sobre lo cual Dios nos ha prestado y ha colocado en nuestro cuidado. Él nos advierte que puede regresar en cualquier momento, aun cuando nosotros lo menos lo esperamos. Debemos ser vigilantes acerca de la responsabilidad que nos ha dado.

La segunda lectura de la carta de San Pablo a la iglesia en Corinto introduce un tono bienvenido de la paz y la seguridad: «Les deseamos la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Cristo Jesús, el Señor». También San Pablo recuerda a los Corintios de los dones que han sido dado. Se refiere a los Corintios como rico, rico en los dones espirituales de «la palabra y el conocimiento» y con tales dones viene la responsabilidad. Pero San Pablo nos asegura que Dios guardará irreprochables a aquellos de nosotros que vigila y «los que esperan la manifestación de nuestro Señor Jesucristo», porque Dios nos mantendrá fiel. Nosotros tenemos que depender, y nosotros sí dependemos de Dios nuestro Padre, confiando en su cuidado y preocupación. No debemos darnos por vencido a desesperación y desesperanza, tampoco debemos actuar como si no hay nada sobre lo cual estamos preocupados. Debemos trabajar juntos con el Señor Jesús, que nos fortalece para la tarea.

Es en este espíritu que Santa Cecilia ha invitado a las personas que se preocupan por nosotros y quiere ayudar a protegernos. Gracias a nuestro Asociado Pastoral, Jarrett Wendt, a Karen Stein Corrales, y a otros en la parroquia y más allá, habrá agentes del orden público, una abogada de emigración y numerosos otros que se encontrarán con nosotros después de la Santa Misa a fin de responder a nuestras preguntas y comunicarnos lo que pueden hacer para ayudarnos. Ésta es una rara oportunidad para nosotros, los feligreses hispanos de Santa Cecilia. Trabajemos juntos por el bien de todos, orando como si todo depende de Dios, trabajando juntos para hacer lo que podemos como si todo depende de nosotros, y que Dios nos bendiga a todos nosotros.